

LOS ESPACIOS IBERO Y LATINOAMERICANOS: LA INTEGRACIÓN EDUCATIVA

Ponencia presentada por el doctor Gustavo García de Paredes, Presidente de la Unión de Universidades de América Latina y el Caribe, UDUAL, durante el IX Encuentro Internacional Virtual Educa, realizado en Zaragoza, España del 14 al 18 de julio de 2008.

América Latina y el Caribe pueden ser descritas como regiones multiculturales, multiétnicas y multilingües.

Aparte de estas características, es común que subsistan en ese ámbito condiciones de pobreza, desigualdad y marginación. Además está agregar que entre los diversos países hay diferencias en lo que se refiere a desarrollo, ingreso per cápita, niveles de bienestar y calidad de vida. En mayor o en menor medida, cada país tiene su franja de la vergüenza.

A la luz de la globalización y arraigo de la sociedad del conocimiento es más fácil advertir la brecha del desarrollo que separa a las naciones latinoamericanas de las avanzadas. Los intensos procesos de generación de ciencia y tecnología permiten a las últimas aplicarlos a la producción y distribución de riqueza. Las primeras, en cambio, tienen grandes debilidades en sus sistemas educativos, amén de que su investigación arroja resultados muy precarios, no sólo en comparación con la producción mundial sino incluso en relación a sus necesidades internas.

Para decirlo en pocas palabras: América Latina participa de la globalización en condiciones

de desventaja debido a su exigua producción de conocimientos, a sus históricas secuelas de atraso, a la presencia de gobiernos autoritarios, al saqueo de sus recursos, a la concentración del ingreso.

La globalización ha catalizado las tendencias integracionistas que básicamente aparecieron en el mundo en la segunda mitad del siglo pasado. Por eso, en la actualidad están en marcha aproximadamente treinta proyectos de integración y cooperación, principalmente en materia económica y comercial, aunque en algunos casos quedan comprendidos otros rubros.

Los grados de integración son muy disímiles. Sobresalen los de la Unión Europea, los de América del Norte, y los de Oriente que lidera el Japón. En forma paralela a la formación de los bloques se desencadena una despiadada competencia en todos los mercados. La existencia de bloques no impide ni el avance de la globalización ni la conformación del mercado mundial. Involucrada en esta competencia, América Latina y el Caribe presentan flancos muy débiles.

Por distintas razones los intentos de materializar la integración latinoamericana no rinden los frutos apetecidos. En el curso de los últimos

años su integración económica ha sido más bien fragmentaria: ALALC, ALADI, CARICOM TLCAM, MERCOSUR, ALBA, Pacto Andino, etcétera. A pesar de esta realidad, habrá que reconocer que no se puede hablar de fracaso porque los proyectos siguen latentes. Además, también hay que reconocer avances en otros ámbitos, sobre todo en materia de cooperación, como los que generan las Cumbres Iberoamericanas.

No tenemos que magnificar los aspectos negativos que pesan sobre la región e ignorar los positivos -que los hay- para concluir que la integración es terreno vedado en Latinoamérica y el Caribe. No. La integración ha dejado de ser una opción para convertirse en una necesidad. Simplemente es necesario entenderla, priorizarla y enfrentar las deudas sociales pendientes. La situación puede ser remontada si se construyen las vías para hacerlo posible.

En la construcción de este espacio latinoamericano lo primero que debe entenderse es la complejidad de los procesos de integración. En segundo lugar, aceptar que a pesar de que los procesos de integración no han concluido ni alcanzado sus objetivos, continúan por necesidad.

Las instituciones de educación superior y redes universitarias no pueden olvidar la obligación de actuar en este contexto. No deben caer en la tentación de hacer un paréntesis mientras se concluyan estos procesos. Por el contrario, deben aprender a sortearlos, incluso a apoyarlos, pues las fuentes de la producción del conocimiento -las universidades- y sus redes son ya imprescindibles. Dicho metafóricamente: son el oxígeno para el desarrollo de los países de la región.

En estos inicios del siglo XXI no parece haber duda acerca de la importancia del conocimiento y la educación para el desarrollo nacional y regional. Quizá eso explica que las universidades no se sientan protagonistas de las integraciones, y éstas sólo sean vistas como materia de estudio para ciertas disciplinas.

Tal vez las universidades no encuentren el camino para insertarse en los procesos de integración debido al comportamiento de los gobiernos nacionales. Aún así, en las universidades existen tendencias integracionistas en núcleos vinculados a las funciones sustantivas: la enseñanza, la investigación y la extensión y difusión. En otras palabras, en los ámbitos de la educación y producción del conocimiento es posible

extraer energías y generar sinergias para encausarlas hacia la conformación del espacio latino-iberoamericano en materia educativa y cultural. Allí mismo se encuentran las bases de la expansión de las redes.

En muchos trabajos de especialistas y de promotores de políticas educativas ya se habla de la necesidad e inevitabilidad de la integración educativa latinoamericana. Ésta debe evolucionar a partir de la internacionalización de la educación superior en marcha; de la presencia de la revolución tecnológica y de la información; de la función del conocimiento en el desarrollo de la sociedad; y de la globalización.

De manera particular debe insistirse en la nueva dimensión que el mundo globalizado le impone a la educación superior. No es ya únicamente su incidencia en la generación de los bienes materiales para la sociedad y los individuos -el desarrollo económico- sino en su contribución al desarrollo de la cultura democrática, la formación del ciudadano global y otras más.

Difícilmente se puede concebir que la integración económica sea la meta final. Será necesario que las diferentes culturas se involucren en procesos de acercamiento recíproco, dinamicen sus influencias y promuevan el entendimiento de los pueblos. Para Latinoamérica y el Caribe esto es impostergable, como lo es también la integración educativa en el nivel terciario. La propia Europa, ya muy avanzada su integración, ha dado los pasos necesarios para que la educación se incorpore de lleno a ese proceso.

No faltan opiniones autorizadas que sostienen que el éxito de la integración entre países depende de los arreglos en la educación como medio formador. Para el caso latinoamericano, parece inevitable que la integración de la educación tenga que recorrer un camino convergente con la integración económica. De allí la conveniencia de abreviar el plazo necesario para que ambos procesos transiten por la misma ruta lo más rápido posible, de manera que puedan aprovecharse mejor las ventajas que ofrece la globalización y sean mayores los beneficios de la cooperación.

La convergencia es alcanzable, pero requiere esfuerzos adicionales por parte de instituciones y gobiernos. Eso se lograría a través de un diálogo intenso, de mutuos compromisos. Las universidades, por su lado, deben manifestar su

disposición a ser protagonistas de la integración económica con el aporte de los conocimientos de su planta docente y de sus investigadores. Como contraparte los gobiernos deben incluir la educación superior en sus políticas de integración. Para tal fin deben asignar los recursos convenientes, los cuales serán administrados por las redes e instituciones y serán, al mismo tiempo, las conductoras de la integración educativa.

Dentro de un esquema de cooperación -¡no de subordinación!- los gobiernos en el seno de las instancias multilaterales (MERCOSUR, Pacto Andino, Cumbre Iberoamericana, etcétera) harán los diagnósticos, fijarán las metas e identificarán problemas de la integración. Las redes de educación superior, por su parte, prestarán sus servicios sin demeritar su autonomía y administrarán los recursos bajo los principios de transparencia y rendición de cuentas.

La intensificación de sus trabajos, la multiplicación de los encuentros internacionales, la interacción con las redes de otros bloques, sin pausas, deben conducir a la elaboración de una hoja de ruta normativa del proceso de integración de la educación superior.

No se trata de igualar los sistemas, por el contrario, se impone respetar las diferencias y la diversidad. No obstante, es ineludible promover reformas para que los sistemas educativos sean eficaces, modernos, flexibles proveedores de servicios educativos, de calidad y con equidad, capaces de generar proyectos pertinentes de investigación; capaces de producir innovaciones, de crear ciencia y tecnologías útiles para el desarrollo de los países latinoamericanos. Para decirlo con mayor precisión: es necesaria una nueva y profunda reforma universitaria latinoamericana, aclimatada a las condiciones de cada país, sin que por ello tengan que abandonarse los postulados de la reforma de Córdoba.

Dentro de los cambios sociales urgentes en Latinoamérica destacan los concernientes al carácter mismo de la educación superior si se le reconoce el papel de agente natural de producción y transferencia de conocimientos y tecnologías. La modificación del perfil de estas instituciones es posible si adoptan las redes de información, tal como si se tratara de un sistema de vasos comunicantes, con el fin de acelerar el trasiego de conocimientos y tecnologías a lo largo del subcontinente. Nuestra tarea inmediata es hacer crecer estas redes, hacerlas

cada vez más transnacionales, más protagonistas de los cambios académicos en todos los niveles de la educación.

Acceder a una reforma universitaria no implica automáticamente la integración. Pero sería un primer paso. Significa introducir una nueva dinámica en el sistema de educación superior en Latinoamérica con apego a la demanda real de conocimientos.

Estos cambios nos remiten a una tarea: la revisión curricular en las instituciones de educación superior. En América Latina y el Caribe debe cobrarse conciencia que en un plazo perentorio habrá que encarar este reto. Se trata de otro espacio en el cual las estructuras académicas y de investigación desempeñarán un rol fundamental. No se trata de uniformar sino de establecer piso curricular común, a partir del cual los diferentes sistemas educativos y sus instituciones se desarrollen bajo su propia modalidad, pero comprometidos con los postulados de cooperación y de interacción institucional.

Avanzar en esta dirección será importante para hacer más intensa y fluida la movilidad de estudiantes, profesores e investigadores. De igual forma, facilitará el establecimiento de criterios para la certificación, el reconocimiento de los títulos y la evaluación institucional.

Desde el punto de vista de la construcción del Espacio Latinoamericano y del Caribe de Educación Superior se han señalado tres grandes áreas de acción: la reforma universitaria, la integración latinoamericana de la educación superior y el financiamiento. Estos tres grandes temas pueden ser considerados en la agenda de las universidades latinoamericanas, en la perspectiva de la integración y la inserción en la sociedad del conocimiento.

Los recursos económicos son un factor estratégico. Por eso deben estar sujetos a principios de racionalidad, transparencia y rendición de cuentas. Gobiernos e instituciones deben asumir compromisos mutuos, por ejemplo, reconocer que la educación es un bien público social. Las instituciones, en cambio, deben poner el resultado de su gestión -de calidad, pertinente e incluyente- al servicio de la sociedad.

Por otro lado, América Latina guarda lazos de naturaleza histórica y cultural con los países asentados en la península Ibérica: España y Portugal. Estos dos países y Latinoamérica conforman el mundo iberoamericano en el que, gracias a que

comparten lenguas e historia común, es más fluida la comunicación. En el espacio iberoamericano existen relaciones de índole diversa: desde las económicas y comerciales, hasta las artísticas y culturales, pasando por las que han surgido a propósito de los movimientos migratorios.

Debemos reconocer que desde el punto de vista de la educación superior, las instituciones españolas y portuguesas presentan una dinámica asociada a los procesos de integración europea. En esta tesitura, nuestra integración educativa quedaría constreñida a los límites del espacio latinoamericano. Sin embargo existe un vasto territorio de acción e interacción que puede desarrollarse dentro de la educación y la cultura.

La activa participación de los países ibéricos en discusiones internacionales sobre la educación superior en Latinoamérica y el Caribe, la creciente presencia de estudiantes latinoamericanos en instituciones españolas y portuguesas, la estancia de académicos de estos países en universidades y centros de cultura de la región, el establecimiento de redes de comunicación e información acercan en forma natural a ambas

regiones, permiten intensificar las relaciones, intercambiar experiencias y desarrollar una movilidad académica enriquecedora para unos y otros.

Latinoamérica puede ensanchar el espacio iberoamericano si las universidades amplían sus redes interactivas en campos que, más allá de la cultura y la educación, sean de interés mutuo, tales como los derechos humanos, la ciudadanía global, la conservación del medio ambiente, la tolerancia, el género, la diversidad y otros temas que actualmente son materia de debate en el mundo.

Señoras, señores

En una sociedad globalizada, siendo el conocimiento el recurso más importante, las instituciones educativas se revelan como imprescindibles puntos de apoyo del desarrollo social e individual. De allí nuestra insistencia: ¡la mejor inversión es la que se hace en la educación, es decir, en la formación del capital humano!

